

Terceto narrativo

José Miguel Oviedo

Autor de ensayos ineludibles sobre literatura latinoamericana entre los que cabe mencionar Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad y La niña de Nueva York: una revisión de la vida erótica de José Martí, así como de diversas antologías de cuento hispanoamericano, el escritor peruano José Miguel Oviedo nos ofrece tres relatos sobre las relaciones amorosas.

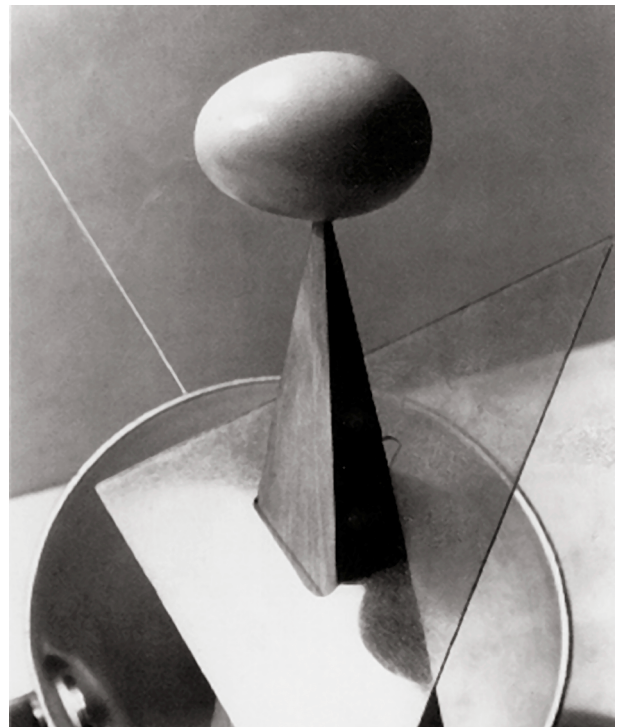
IRINA

La profesora Irina T. ha llegado para enseñar por un semestre en nuestro departamento y hoy da una conferencia sobre un tema que me interesa mucho: “Joyce en Trieste”. Hace unos días se acercó a mi oficina para conversar un poco sobre nuestros respectivos cursos e investigaciones, y así descubrí que compartíamos un interés: la vanguardia literaria y artística. Me pareció una persona muy inteligente, sin pretensiones, además de amable y con un fino sentido del humor. Ella es rumana y habla con una suave y lenta modulación, casi como si estuviese leyendo en voz alta. Es bastante alta, y de huesos fuertes, aunque el rostro tiene los rasgos benignos de ciertas imágenes de la pintura religiosa; el intenso carmín de los labios, las cejas espesas y el severo traje negro contradicen esa impresión. Tiene esa edad indefinida que suelen mostrar las mujeres que ya están dejando de ser jóvenes y convirtiéndose en mujeres maduras. Su conferencia resulta excelente y me informa de algunas cosas que no sabía. Luego de las rituales preguntas, que contesta con gracia (y con piedad cuando eran ridículas), los profesores y estudiantes tomamos con ella una copa de un vino pasable. Afuera llueve y la gente se va rápidamente. De pronto me doy cuenta de que sólo quedamos ella y yo; por elemental cortesía, le pregunto si tiene cómo volver a casa y me contesta con una leve

sonrisa: “No tengo ni para una bicicleta”. “Entonces la llevo”, le digo. Me da su dirección, que está en plena Avenida J. y por el número creo que conozco el lugar: es una amplia quinta de sencillos departamentos que han sido hábilmente maquillados varias veces para disimular su edad y hacerlos más atractivos. Al llegar, me agradece, me da la mano y abre la puerta del auto; justo cuando la va a cerrar, mete la cabeza y me pregunta: “¿Quiere probar un café a la rumana?”. No tengo nada urgente que hacer y acepto la invitación. Subimos hasta el tercer piso por una escalera de cemento, en cuyas barandas unos chicos se deslizan alegremente como por un tobogán. Entramos al pequeño departamento amueblado con modestia pero con orden. Me explica que el lugar es de su primo, un obrero calificado, y de su mujer, una alemana que hace y vende tejidos. Me siento en un viejo sofá mientras ella prepara el café en la diminuta cocina. Al poco rato el inconfundible y grato aroma del café hirviendo invade el ambiente. Lo trae en una bandejita y me advierte que ya tiene azúcar para que no remueva la espesa borra del fondo. Cuando pruebo el primer sorbo noto que es casi tan denso como chocolate, pero con un amargor penetrante. Inevitablemente, le pregunto cómo era su vida en Rumania, antes y después de la caída de Ceaucescu. Me cuenta que, si ella es profesora de literatura, es porque su madre también lo fue en la Universidad de Bucarest. Con creciente interés, voy ente-



Paul Outerbridge, *Model, s/f*



Paul Outerbridge, *Triumph of the Eggs, 1932*

rándome de los horrores y miserias de la vida académica que experimentó su madre y ella misma: el celoso control de lo que se leía, escribía y publicaba; los con-sabidos desfiles que mezclaban a los “trabajadores manuales e intelectuales” para glorificar el bienestar general que el régimen dispensaba; las minúsculas e ilusas “aperturas” o grietas en la coraza blindada del sistema cultural para dar la sensación de flexibilidad; la vergonzosa necesidad de callar, mentir y mentirse para sobrevivir en el fango moral que cubría todo, etcétera. Tras un respiro, yo le cuento, (no sé si para consolarla o agravar su pesar), que en mi país los políticos, periodistas e intelectuales (para llamar a estos últimos de algún modo) pagaban las invitaciones que recibían de la Unión Soviética o de sus fieles comparsas con reportajes, artículos o poemas que describían jubilosamente esos mismos desfiles en los que fornidos obreros y rollizas campesinas, esbeltos gimnastas perfectamente sincronizados y orgullosos maestros lanzaban rugientes vivas al Estado providente de toda esa paradisiaca justicia social por la que nosotros debimos luchar. “Esa mierda estaba por todas partes, si me perdona la expresión”, comenta con un rictus amargo. De todo lo que me dijo esa noche, nada se grabó en mi mente con más fuerza que estas dos historias que su madre le dejó como herencia familiar y que ella alcanzó a vivir de joven: en esa época, la venta y uso de las máquinas de escribir estaban sujetos a estricto control del Estado, para que éste supiese exactamente quiénes las tenían y con qué propósitos se utilizaban; quizá más siniestra era la costumbre de que, con el pretexto del ahorro, las luces en las casas se apagaban poco después de la cena, a sabiendas de que ésas eran las horas más propicias

para leer, escribir e investigar. Siento que se me seca la garganta, como si esto estuviese ocurriendo ahora o estuviese por ocurrirme. En los ojos de Irina la humedad de una lenta lágrima tiembla como si no quisiese rodar o como si sólo fuese el residuo de otras verdidas tiempo atrás. Oigo su voz: “En esos años vivíamos en una casita en las afueras de Bucarest. Por mi cumpleaños, mi madre me regalaba libros prohibidos: Kafka, Hesse, Gide, Virginia Woolf... Los escondíamos tras cubiertas de otros libros más aceptables. Todavía conservo mi Kafka. Venga a verlo”, dice, y me conduce a una piecita que le sirve de escritorio y a la vez de dormitorio, pues veo allí una cama tan estrecha que parece imposible que un adulto pueda darse una vuelta sin caerse. Me muestra el ajado volumen de *La metamorfosis*, lleno de marcas. “Yo lo leía como literatura realista, pese a toda la crítica alrededor”. En la pared con manchas de humedad hay un póster cuya imagen reconozco de inmediato: es la *Escultura para un ciego*, el delicado mármol de Brancusi que homologa la vista con el tacto. Anuncia una conferencia de Irina sobre “Brancusi y la poesía francesa de vanguardia”, dada años atrás en Toulouse. “Aquí trabajo, aquí duermo. En verdad, trato de pasar el menor tiempo posible en casa, para respetar la privacidad de mis anfitriones y dejarlos en paz cuando quieren descansar o hacer el amor”, me informa. Al despedirme, le doy un par de besos en las mejillas, y ella se queja: “En Rumania, son tres besos” y pone su rostro de costado, casi en el mismo ángulo que la pieza de Brancusi; le doy el último beso y le digo: “Aquí, por supuesto, no existe un restaurante rumano, pero sí hay uno turco, muy bueno, donde sirven un café tan espeso como petróleo. La invito la próxima se-

mana”. Ella agradece con una voz que, por primera vez, suena verdaderamente alegre. Salgo al oscuro pasillo, donde los chicos (¿son los mismos u otros?) siguen desliziéndose por el barandal.

Tengo entonces la extraña impresión de que no he pasado un rato con Irina, sino muchísimo más tiempo: las calles parecen más viejas, maliluminadas por antiguos faroles que yo creía desaparecidos. La llovizna ha cesado, dejando un aire grisáceo, como si ahora fuese a caer ceniza. La gente camina de prisa con miradas temerosas. Las tiendas lucen semivacías, todo tiene un aspecto deprimente. Nadie sonrío, nadie quiere mirar al otro. En lo alto de los bancos y otros edificios públicos, unos jóvenes soldados montan guardia con metralleras en ristre o apoyadas en sacos de arena, como si estuviésemos en guerra. Paso frente a un restaurante casi desierto y resuelvo comer algo. En el estacionamiento me piden identificación y, tras revisar el vehículo, retienen el documento. Tomo, sin mayor entusiasmo, una sopa caliente mientras pienso en lo que está pasando, si estoy soñando, si por alguna extraña razón estoy tan confundido que no reconozco mi propia ciudad. Después de un cuidadoso repaso de las últimas horas, desde la conferencia de Irina hasta el triple beso, me doy cuenta de que no he soñado nada de eso, sino que su terrible relato ha despertado el recuerdo de una época que viví aquí mismo hace tiempo, una aterradora pesadilla de la que felizmente estoy otra vez saliendo pues oigo la voz del mozo preguntándome si deseo pedir algo más.

EL VIAJE

Me he citado con M. para hablarle de algo muy importante y que no debo postergar, aunque sé bien que no le será fácil de entender o aceptar. Nos encontramos en su departamento, que está cerca del lugar donde yo trabajo; somos una pareja desde hace varios años, pero cada uno vive por separado y nos reunimos sólo cuando queremos, lo que creo ha contribuido a la solidez de nuestra relación. Después de que ella ha terminado el café hirviendo acompañado con las hojuelas de anís y miel que tanto le gustan, me animo a tratar el tema de fondo. Con sus grandes ojos claros fijos en mí, le digo que he decidido aceptar la invitación de un instituto extranjero que me sacará del laberinto de clases y otras obligaciones que me impiden dedicarme a lo que realmente me interesa: escribir una obra extensa, una tetralogía que se titularía *Las cuatro estaciones* porque cada parte ocurre en diferentes épocas del año, y cuyos tonos y peripecias van cambiando y pasando del realismo a lo fantástico, a lo filosófico y a lo cómico, aunque los personajes son siempre los mismos. Con una voz fría, M. me pregunta por qué no pido una licencia y me que-

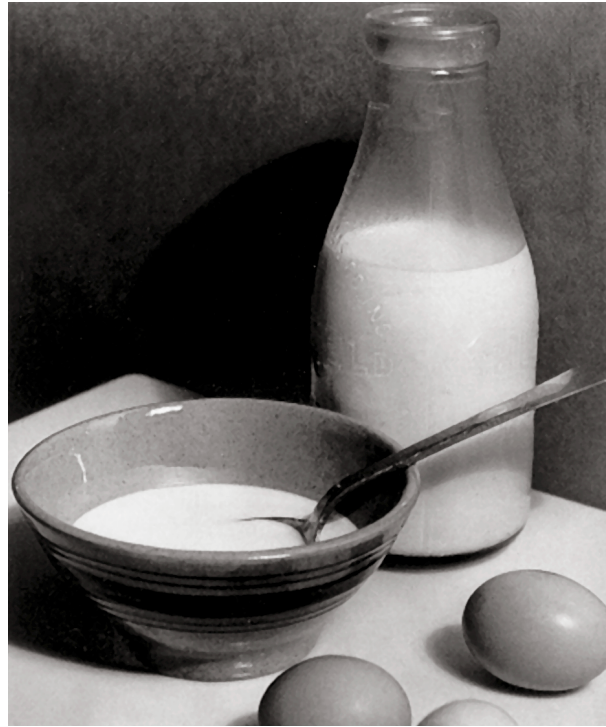
do donde estoy. Le contesto la verdad: aquí no puedo trabajar sin molestas interrupciones porque surgen siempre compromisos inevitables; lo que necesito es estar donde pueda aislarme por completo. “Lo que quieres es largarte y dejarme; lo de la novela es sólo un buen pretexto”, me dice sin disimular su desagrado: ella no esperaba esto de mí. Le respondo que ésta no es la primera vez que recibo una oferta parecida y que en esas ocasiones ni siquiera se lo dije porque pensé que podría avanzar en mi proyecto sin dejar esta ciudad, pero que tras haberlo intentado me he convencido de que no es posible. Ella usa entonces un argumento envenenado: “Eres un egoísta. Los demás no te importan, tú y tus planes siempre están primero”. Me dan ganas de darle la razón para que se inflija ella misma una herida con su propia arma, pero callo porque veo que por su mejilla se desliza, solitaria, una lágrima como un goterón de cera, lo que me aturde. Noto su pequeña mano abandonada sobre la mesa y la toco suavemente; ella la retira como si le hubiese aplicado un hierro candente. Luego se deshace en un llanto incontenible. No me animo a tocarla otra vez para calmarla y me levanto. “Te hablo mañana”, le anuncio. “No hay nada de qué hablar”, exclama entre convulsiones. Me voy rápidamente, como si acabase de cometer un crimen. En los días siguientes le envío varios correos, pero como no contesta dejo de hacerlo. Me distraigo de mi sentimiento de culpa atendiendo a los detalles de mi viaje. El día de mi partida le dejo un mensaje de despedida en su teléfono, sin esperar que eso cambie nada.

Vivir en un lugar donde casi nadie lo conoce a uno puede ser muy agradable: el tiempo parece extenderse sin límites porque los horarios se establecen a voluntad o casi no existen. Permanezco largas horas sin salir, salvo para ir a comer a un pequeño restaurante portugués donde sirven muy buenos platos de pescado, o para ir al cine a ver viejas películas en una sala de repertorio. Trabajo en mi texto a veces sin parar, sobre todo cuando veo que, si persigo una pista que no sé a dónde me va a llevar, se me abren perspectivas que no estaban en mis planes. Una tarde recibo una llamada que me llega como del otro mundo: es C., un poeta amigo que es un empedernido aventurero y don juan que sin tener un centavo viaja por todas partes y entra a los lugares más exclusivos con fondos que no sé de dónde saca. (Dicen que de las mismas bellas mujeres que conquista). Me informa que M. le dijo que yo andaba por aquí y que, por supuesto, le gustaría verme para charlar de muchas cosas “y ver de qué chicas podemos enamorarnos eternamente por una noche”. Le digo que apenas conozco a una o dos, pero ninguna del tipo que él busca. “Entonces déjame encontrarlas y te llamo luego” me dice con una seguridad absoluta, pese a que acaba de llegar. Tres días después me llama para anunciarme, exultante, que

ya tiene todo arreglado: lo han invitado a una gran fiesta en casa de un conocido escritor y artista gracias a una amiga que trabaja con el personaje. “Pasaré a recogerte con ella un poco temprano porque hay que manejar una buena distancia”. Hago un alto en mi rutina y me preparo. Oigo el timbrado de C., su saludo entre explosivos y burlonas risotadas que suenan como si hubiese bebido (aunque no siempre sea así). Bajo y lo encuentro apoyado en un gran auto blanco con el motor encendido. Al verme, abre los brazos y me recibe con una de sus felices sonrisas que le han ganado tantos amigos y ayudado a enamorar a tantas mujeres. Está elegantísimo con un saco color antracita y una camisa crema desabotonada. Inclinandome un poco, saludo a la joven mujer que está frente al volante. Se llama F. y es muy linda, de rasgos delicados y levemente orientales. Entre los dos hay una especie de complicidad, con bromas privadas que sugieren que son más que amigos o que pueden llegar a ese punto en cualquier momento. Con C. conversamos atropelladamente (descubro que, como paso largas horas en silencio, me he vuelto un poco locuaz cuando estoy con otros), de poetas buenos y malos, de amigos comunes, de política, de sus constantes viajes por todas partes y con los más variados motivos. Apenas si me doy cuenta de la dirección por la que vamos, pero noto que estamos subiendo unas suaves colinas desde las que se contempla la ciudad, que, bajo el sol crepuscular, parece más hermosa de lo que en realidad es. Al fin nos detenemos ante el amplio y macizo portón de una casa enorme. Apenas nos abren, siento el pulsante sonido de la música y el constante rumor, casi un zumbido de abejas, de la gente charlando, riendo, bebiendo y comiendo bocaditos bajo reflectores que producen una luz casi diurna en plena noche. Hay tanta gente que, pese a que la casa es una mansión interminable, no es fácil desplazarse: los cuerpos parecen apiñados, salvo alrededor de una gran piscina azulada. El dueño de la casa aparece vestido con una túnica negra y con sandalias. Sus cuadros cuelgan por todas partes y casi siempre lo tienen a él como figura central; son de grandes dimensiones pero carecen de grandeza. Es célebre también por estas fiestas en las que junta a cientos de personas muy diversas: gente de cine (ahora ha empezado a dirigir películas), escritores, modelos, cantantes, políticos, diplomáticos, campeones olímpicos... Oigo hablar distintas lenguas, incluida la mía. Pero me siento ajeno a todo esto, como si estuviese perdiendo el tiempo. Sin saber en realidad por qué he venido aquí, busco a C. en la multitud, pero eso parece una tarea imposible. Me siento con un trago en la mano ante una mesa vacía y espero que algo ocurra. Los minutos pasan y me aburro como si estuviese solo en un desierto. De pronto, aparece C. llevando del brazo a una mujer cuya belleza posee una cualidad etérea, más propia de

un ser imaginado que real. Me la presenta: se llama R. y es una nueva actriz que, pilotada por el poderoso anfitrión, está a punto de convertirse en una gran estrella, después de aparecer sólo en un par de películas muy elogiadas. Aunque es inglesa, habla muy bien español, pues ha vivido varios años en Andalucía, la tierra de su madre. Tiene un rostro radiante y perfectamente tallado como un pedazo de cuarzo; los ojos brillan como si fuesen líquidos y su fino cuerpo se mueve con la elasticidad de una atleta. C. me comunica algo asombroso: en España, R. leyó hace poco un libro mío de relatos sólo porque el título le intrigó; ella me dice que uno de esos relatos le gustó mucho y que le parece que podría servir como base argumental para uno de los episodios de la película que quiere protagonizar. “El personaje femenino es muy intenso”, me explica y yo le agradezco. Aunque es una inesperada buena noticia, no me ilusiono demasiado; sé de los infinitos tropiezos, complicaciones y decepciones que van surgiendo durante la producción de una película; tal vez ésta nunca se realice o que al final ni siquiera yo reconozca mi propio texto. Pero quedamos en conversarlo. Noto que C. la mira con la codicia de un ave de rapiña cuando se cierne sobre su presa y que la toquetea cada vez que puede. En cierto momento, haciéndome sentir que no estoy realmente allí, se dan un largo beso con las bocas ansiosamente abiertas, como si quisieran tragarse. Esas conquistas instantáneas son típicas de C., a quien le gusta llegar a una reunión acompañando a una mujer, salir de allí con otra para terminar la noche en sus brazos. R. parece estar ya completamente seducida mientras C. le acaricia los muslos, pero no se van todavía, quizá porque su ceremonia o exhibición necesita un testigo inmediato. Después de un buen rato se van, pero pronto ella regresa en una carrerita para decirme que olvidó darme la tarjeta de su agente, así podremos seguir conversando en otra ocasión sobre el proyecto.

Hago pasar unos días antes de llamar al agente. Le dejo un mensaje para R.; unas horas después, para sorpresa mía, recibo su llamada. Me dice que pase por su casa para hablar del asunto y ver, si me interesa, la película del mismo director que haría el episodio sobre mi relato. Me abre ella misma y me ofrece la mejilla que luce tan delicada que el ligero contacto parece excesivo. Lleva una corta falda color lacre y una simple camisa de algodón. Primero me muestra el ejemplar de mi libro, en el que el texto de “Verano” aparece cubierto de marcas y anotaciones hechas con diferentes colores; quiere que le aclare algunas dudas sobre ciertos pasajes. Me invita una limonada que acepto encantado. “El personaje de Ruth me gusta mucho”, dice. “Es fácil identificarse con ella. Enfrenta la enfermedad y la muerte con valor, sin autoengañarse”. Luego me pregunta si creo que esa mujer que imaginé se parece un poco a ella mis-

Paul Outerbridge, *Model*, s/fPaul Outerbridge, *Kitchen table*, 1921

ma. “No, de ninguna manera”, le digo. “Tú eres demasiado saludable, del todo ajena a la muerte”. “De eso puede encargarse la maquilladora...”, contesta con una breve risa que yo comparto. Empieza a leer unos párrafos con una voz lenta pero intensa: la voz de una actriz que antes de interpretar, ya sabe lo que debe sentir. Más tarde se levanta de la mesa circular ante la que estamos sentados para preparar el video prometido. Justo en ese momento, su celular suena y ella contesta de pie. “Es C.”, me susurra. Parada al costado de mi silla, apenas un palmo me separa de su cintura. Se inclina para alcanzar algo al lado opuesto de la mesa y, como buscando apoyo, pone su mano sobre mi hombro. Por un instante no me muevo, como si nada estuviese ocurriendo o como si todo fuese demasiado insensato; luego, cuando siento su mano acariciando distraídamente mi nuca mientras sigue al teléfono, toco la firme curva de su cadera. Un recuerdo cruza mi mente por un segundo: la vieja broma del mundo cinematográfico según la cual cierta actriz era tan tonta que se acostó con el guionista. ¿Dónde la escuché por primera vez? Noto ahora que R., sin abandonar el teléfono, se ha pegado a mí. Deslizo entonces mi mano bajo la falda y palpo la piel de durazno del trasero, cuya fresca temperatura contrasta con la acogedora tibieza de la apretada hendidura que acaricio; presiento su humedad por el aroma de brisa marina que despide. Oigo su leve quejido, su voz debilitada por la sumisión. Se despoja la falda y le da un puntapié a las sandalias. Se sienta sobre la mesa, ofreciéndose con las piernas levantadas frente a mi cara. Arranco la ligera prenda con brillo metálico que ciñe la juntura de sus muslos y rozo con mis dedos los pétalos bañados en una especie de almizcle. Ese olor trae un

vago eco de otro, a lavanda. Su carne abierta tiembla de expectativa. Echa el cuerpo hacia atrás y se apoya en los codos. Algo pesado como un libro cae al piso con un golpe seco, luego un vaso rueda y se quiebra en pedazos; nadie deja de hacer lo que está haciendo. La fragancia que emana de ella, más las texturas del rosado vestíbulo y el corto vello castaño que lo adorna me trasladan, en un vuelco vertiginoso, a otro tiempo y espacio, a una escena precisa: yo no estoy besando a esta mujer, sino a M. Esa certeza es absoluta, pero lo que no sé bien es si esto ha ocurrido tras regresar de mi viaje o si nunca me aparté de su lado. Y menos sé en qué momento comenzó y terminó el sueño.

EL NOMBRE

Lo que recuerdo de ella son apenas retazos, fragmentos dispersos de un tejido que parece ya no existir o, al menos, haberse descolorido, como si hubiese estado expuesto mucho tiempo a la intemperie. Incluso siento vergüenza en admitir la triste verdad: ni siquiera recuerdo su nombre. ¿Era Christine, Cinthia, Catherine? ¿Se debe eso a que tal vez la llamaba con un apodo cariñoso que ahora tampoco recuerdo? Lo que no olvido es que la encontré, una tarde de sol ardiente, en una galería donde se exhibían fotos de Paul Outerbridge. Ella las miraba con total concentración, casi como si las interrogase. Eso me llamó la atención, al punto que me atreví a decírselo y nos pusimos a conversar; así comenzó todo. Ella trabajaba, creo, en una editorial y viajaba con frecuencia. Nos hicimos amigos de inmediato y, durante las seis semanas que permanecí en esa ciudad,



Paul Outerbridge, *Model*, 1950



Paul Outerbridge, *Ide collar*, 1922

nos vimos con cierta regularidad. Algo curioso en esa relación es que cambiaba o recomenzaba todo el tiempo. Es decir, no avanzaba en una dirección definida; por lo menos a ella eso no le interesaba. Llegamos a tener una intimidad, pero ocasional, casi mínima y, cuando ocurría, era siempre —si recuerdo bien— por iniciativa suya y dentro de sus propios términos. Pero si ocurría, ella actuaba como poseída por una urgencia realmente feroz, que no parecía corresponder a la impresión de indiferencia, de apatía que su imagen corporal producía. Cuando algo en su mirada desmentía esa impresión, me invitaba a su departamento sin ningún subterfugio y declarando explícitamente sus intenciones con una mezcla de ruego y exigencia. Tenía una apariencia delicada, en la que todo era breve y menudo: el corte de pelo, las manos, los pechos, las nalgas, incluso el sexo apenas cubierto por un incipiente musgo de niña; sólo los ojos color avellana eran grandes. En sus momentos de éxtasis gemía como un animal herido de muerte y me clavaba las uñas en la espalda; luego, una especie de néctar o fresco rocío cubría por completo su cuerpo desmadejado y humedecía el mío. Como pidiéndome perdón, me besaba tiernamente la piel lacerada por sus uñas, antes de aplicarme un ungüento. Me desconcertaba que, al día siguiente, no mostrase el menor interés en ese aspecto de nuestra relación —hasta que su urgencia volvía a encenderla— y que me rechazase con suavidad o haciéndome alguna broma para que no le guardase rencor. Se reía mucho cuando le decía —aludiendo a una canción popular— que yo era un *part-time lover* sin contrato ni seguro; ella no discutía la definición. Una vez le pregunté si había otro hombre en su vida y se mostró bastante airada por mi sospecha de promiscuidad. Aparte de eso, no recuerdo nada de lo que con-

versábamos ni lo que hacíamos el resto del día; es un vacío que no puedo explicar.

Tratando de recobrar la totalidad de la historia y no sólo los retazos que guardaba mi mente, decidí buscar en mi maleta de viaje; la abrí y tuve una horrible sorpresa: no encontré por ninguna parte su nombre, ni su teléfono ni cualquier otra señal; es decir, no tenía modo de comunicarme con ella, como le había prometido. Desesperado, busqué entonces en cada página de mi agenda, entre mis documentos, y no hallo el menor rastro de ella. Lo peor de todo era que, como dije antes, ni siquiera recordaba bien su nombre. Y aun si encontraba el de la editorial en la que trabajaba y la llamase allí, ¿cómo explicar a quien me contestase: “Quiero hablar con una persona cuyo nombre no conozco y cuyo aspecto es...”? Pensarían que yo era un loco peligroso. En el colmo de la frustración, me derribo sobre un asiento y trato de poner en orden mis ideas. Primero pienso, de manera fatalista, que tal vez las cosas ocurrieron así porque ella secretamente lo deseaba. Pero, de pronto, concibo un plan salvador: viajaré otra vez a esa ciudad y la buscaré. Me doy vuelta en mi sillón para ver en qué fecha próxima puedo partir y siento una especie de leve mareo, mi mano choca con un objeto frío y me despierto del sueño. Tengo unos segundos de profundo alivio porque me doy cuenta de que ella no existe, que sólo la he soñado y que no necesito viajar ni buscar a nadie. Pero basta que gire la cabeza en dirección contraria y caiga, de inmediato, en otro sueño instantáneo y fulgurante como un relámpago: allí está ella, inconfundible y perfectamente real, extendiéndome una tarjeta con todos sus datos y tirándome en broma de la corbata “para que no te escapes”, aunque ahora ya no sé bien si ella existe o si estoy otra vez soñándola tendida a mi lado. **U**